

La escritura como apariencia: la aceptabilidad de la escritura

María Cruz PEREZ SANZ

¿Por qué nuestros alumnos no tienen buena letra?. Esta es la pregunta que en todos los niveles de la enseñanza podríamos hacernos.

La periodista Pilar Cuena resumía (EL País. Nov. 1990), tras consultar distintas fuentes, que “la ausencia de normas caligráficas degenera progresivamente la escritura de los jóvenes, que llega a su total deformación en la etapa universitaria”. Esta afirmación es constatable.

Es cierto que el acto de tomar apuntes degrada cualquier letra personal pero no es menos cierto que generaciones que han recibido bases caligráficas mantienen su legibilidad.

A nuestro juicio el problema no empieza ni termina en la etapa universitaria, es un hecho que los alumnos de 6º de E.G.B. se vean en ocasiones forzados a tomar apuntes cuando aún su letra no está formada y no han alcanzado propiamente el estadio de personalización tan necesario para fijar los rasgos escribanos.

La situación deriva de planteamientos que se marcaron ya hace unos lustros. Maillo y otros autores (“Didáctica de la lengua en E.G.B.”) hablan ya en 1971 de la Caligrafía como algo a extinguir o terminado: “La necesidad de poseer una bella escritura ha pasado a la historia; los viejos documentos, primorosamente caligrafiados, con sus letras de artesanía y sus adornos elegantes, producto de la maestría y de la paciencia infinita del escribano, han pasado a ser piezas de museo. En los trabajos de la vida cotidiana, necesitamos hoy una letra rápida y flexible; en muchas ocasiones basta con saber escribir a máquina”.

Definitivamente la caligrafía como arte que desde el s.XVI hasta los albores de este siglo que ya termina estuvo en auge, está enterrada.

A ello han colaborado las máquinas de todo tipo. Nuestros alumnos, que ya nacieron manipulando botones y teclas, lo saben bien. Pero lo que realmente parece es que la mayoría no sabe escribir correctamente, es

decir, trazar aquellos signos gráficos que desde siglos han servido para comunicarse a la humanidad.

Se podría afirmar que la escritura es una de las invenciones del hombre que más ha influido en el desarrollo de la humanidad y de sus distintas civilizaciones, y los estudiosos han llegado a afirmar que una civilización no puede existir sin su escritura.

No vamos a propugnar aquí volver a la caligrafía como arte que tanta tradición tuvo en España y tan grandes maestros. Lo que está claro es que en el primer tercio del s. XX se inicia la decadencia de la caligrafía con las últimas obras de los grandes maestros: Melquiades Guilarte, escolapio, (1935-1916) en la letra española y Vicente Fernández (1850-1909) en letra extranjera.

La necesidad de instrucción lleva al Conde de Romanones a hacer Público un Decreto Real (17-VIII-1901) por el que se incluye en el plan de estudios de Enseñanza Media el estudio de la Caligrafía.

Hacia el año 1914 se programa su estudio teórico y práctico en las Escuelas de Magisterio y esto se prolongará hasta la renovación de 1967 (con el único lapsus de la 2ª República), en que se elimina la caligrafía del Curriculum del maestro.

En otros niveles de enseñanza la Caligrafía, junto con la Urbanidad, permaneció hasta los años 50.

El excesivo directivismo con que se trató la técnica caligráfica, por un lado, y la aparición y progresivo afianzamiento de las técnicas naturales que parten de la espontaneidad gráfica del niño (Freinet), por otro, han hecho que el carácter instrumental de la escritura pierda interés y protagonismo en la formación de las generaciones en los últimos 25 años. En todo caso es una constatación generalizada el encontrar en los escritos mala letra, ilegible, deformada, que conlleva en los alumnos la inconsciencia de los propios errores, junto con la aparición de actitudes no formadas que expresan que escribir mal no tiene importancia.

Añadiríamos que el uso, no sólo de la máquina de escribir sino sobre todo, del ordenador conducía a los niños de preescolar (en una Escuela de Huoston, Texas, visitada en abril de 1992) a negarse al aprendizaje de los gestos gráficos. La razón era que ellos ya podían escribir en el ordenador propulsando simplemente una tecla.

Ante una civilización en que la máquina sustituye a la mano nos preguntamos ¿por qué y cómo enseñar a escribir? ¿es posible la calidad gráfica sin caligrafía?.

Vamos a presentar las distintas dimensiones en que se podría justificar la necesidad de una instrucción caligráfica para una necesaria y urgente aceptabilidad escribana.

Dimensión social

Sospechamos que la tecnología actual hará que la máquina sea utilizada más y más y con mayor manejabilidad y posibilidades de acceso, pero no por ello podrá anular la transmisión lingüística que socialmente supone la mano. A lo largo de la vida y sobre todo en los años de formación en que la vida académica se dilata favorecida por otros componentes sociales, los niños y los jóvenes tendrán todavía que seguir utilizando su grafismo para comunicarse.

Un escrito, un trabajo, una carta con buena letra causan buena impresión y al contrario. La caligrafía es el vehículo que transporta la información, los contenidos que el/los escritor/escribanos quieran comunicar. Si la letra es ilegible ese transporte, esa transferencia no se realizará por completo.

El intento de un buen desarrollo de la escritura se justifica como factor de la voluntad de querer comunicarse y de que esta comunicación tenga una dimensión de permanencia.

La escritura es grafismo y es lenguaje y, en cuanto medio de comunicación social, las exigencias caligráficas se concretan en dos características: *legibilidad y rapidez*.

Cuando hablamos de una vuelta a la instrucción caligráfica no hablamos de imponer un modelo concreto sino de permitir que nuestros alumnos sean legibles, que la competencia comunicativa que deben adquirir los niños y los jóvenes en la escuela sea real también en cuanto a poder ser leídos.

Los niños sienten la necesidad de expresarse por escrito pero es necesario formalizar ese deseo de forma correcta, incluso la necesidad de una estética en esa expresión es algo que emerge en los niños motivados para aprender a escribir. ¿Qué está ocurriendo para que luego obtengamos como resultado esas letras cada vez más ilegibles? ¿Por qué no se facilita y propulsa esa intencionalidad estética que aparece en los primeros momentos del aprendizaje?

Bien es verdad que la velocidad es otro signo de nuestro tiempo, de un tiempo que para algunos se sitúa como planetario y que ha superado los meros límites terráqueos, pero si esa velocidad deteriora el vehículo ello impedirá llegar a la meta.

La caligrafía no puede separarse del contenido. La información no tiene por que ser necesariamente buena porque la letra sea clara, pero social y académicamente ante una caligrafía ilegible el contenido tiende a considerarse inaceptable. La opinión pública se ha hecho eco de ello en diversas ocasiones (v.g. El País nº citado más arriba), y lo ponen de manifiesto las opiniones de los profesores que en las pruebas de acceso a la Universidad se han visto incapaces, en muchas ocasiones, de entender lo

que un alumno, al que no estaba permitido convocar a un encuentro oral, intentaba transmitir.

La buena apariencia sigue siendo necesaria a pesar y además de la máquina y el trayecto puede hacerse difícil para aquel que no tenga una buena caligrafía; porque la caligrafía es para comunicarse, para vivirse ante alguien que está lejos pero que se nos acerca o, en todo caso, a quien nos acercamos.

Dimensión personal

“La cara es el espejo del alma” dice la sabiduría popular, y cabría decir que la letra es el reflejo de nuestra persona.

El modo de vestir, los gestos, y otros muchos aspectos pero sobre todo la escritura revelan en gran parte nuestra personalidad e igualmente la conforman. El aprendizaje del modelo caligráfico, así como de la ortografía (como manifestó en su momento Lázaro Carreter), conlleva una modelación de otros hábitos y actitudes en la persona: claridad, transparencia, orden mental, forma de comunicación y respeto al otro. Sus caminos son recíprocos en la formación de los alumnos sobre todo de los más pequeños.

Ahora bien, una letra bonita no conlleva necesariamente un contenido, un mensaje realmente creativo o interesante, pero siempre será posible juzgarlo, no así en el caso de que sea ilegible.

Al actuar sobre la hoja de papel nuestros alumnos desarrollan su caligrafía, se manifiestan no sólo con lo que dicen sino también en cómo lo dicen, con qué aspecto externo.

La letra nos hace aparecer de una determinada manera ante los otros y es apariencia en sí misma.

Consideramos que esa apariencia no hay que dejarla al arbitrio de impulsos más o menos naturales, más o menos estéticos, sino facilitar a los alumnos la adquisición de una aptitud que será reflejo de actitudes, estados de ánimo e incluso de anomalías caracteriológicas o de personalidad manifiestas y/o tratables sólo a partir de los datos que dan los rasgos gráficos de nuestro lenguaje personal.

Dimensión técnica

La apariencia de la escritura personal supone el grado de aceptabilidad por parte del receptor. Al sujeto escribano no le basta con ser “competente”, ha de ser “aceptable” y aceptado.

La aceptabilidad de la escritura supone una habilidad gráfica con cuatro características: legibilidad, armonía, fluidez y rapidez.

La habilidad gráfica necesita de aprendizaje. Hacemos nuestras las tres etapas propuestas por R. Perron (Ajuriaguerra, 1984, 27), para obtener una base caligráfica: precaligráfica, caligráfica y poscaligráfica. Entendemos las mismas como un proceso que no puede quedar inacabado.

Consideramos la escritura como una aptitud adquirida en la que es necesario el entrenamiento para llegar al ideal caligráfico.

En los momentos previos a la fase precaligráfica es necesario dotar al niño de la madurez suficiente para que sus posibilidades motrices le permitan dar forma al aspecto de grafismo que contiene la escritura. De los cuatro a los seis años el niño se prepara para esa modalidad de la conducta comunicativa.

Es pensable y posible que encontremos niños que ya hayan adquirido el ideal simbólico de la lengua escrita en este momento y ello les posibilite dar a unas teclas que permitan la viabilidad de la comunicación, la confección de textos transmitibles. Pero pensamos que sólo la automatización de la escritura manuscrita, como técnica instrumental básica, permitirá que el niño desplace su atención hacia otros aspectos de la respuesta escrita tales como la ortografía, la gramática, la sintaxis e incluso el contenido, aunque éste ya puede ser considerado ante la tecla y la máquina.

En la etapa precaligráfica, de los 6-7 años a los 8-9 años, observaremos que el alumno escolarizado, ante las propuestas de un ideal caligráfico, presenta rasgos que evidencian inmadurez:

- trazos rectos de las letras que aparecen temblorosos o curvos
- curvas o semicurvas que presentan ángulos
- dimensión e inclinación de la letra que se presenta irregular
- torpe ligado entre letras
- alineación que tiende a subir o descender.

En la duración de esta etapa intervienen, además de que los ejercicios que se propongan sean más o menos adecuados y copiosos, las características psicológicas de los niños, por lo cual la superación de esta etapa es relativa y cambiante de sujeto a sujeto.

En todo caso nos parece necesario que, en esta etapa, el niño adquiera unas bases para aprender las formas y que éstas respondan a un modelo determinado. Proponemos el cursivo vertical como el más posibilitador de un aprendizaje aunque no entremos ahora en detallar los motivos.

El aprendizaje de las letras ha de ser tanto de la *estructura* básica de las mismas como de su *forma*.

En este desarrollo el niño no aprenderá rasgos sino trazos y será el *modelo* caligráfico propuesto el que le permita el dominio de la motrici-

dad fina, con lo cual accederá a la etapa caligráfica (10-12 años) en la que su escritura se regularizará.

Pero creemos que, en todo este proceso de las dos etapas escribanas que abarca y se mantiene durante la Escuela Primaria, sólo a base de repetición del modelo y de que todos los niños escriban igual, es decir, sin admitir peculiaridades, nos jugamos la real personalización y con ella la legibilidad y aceptabilidad de su futuro escrito manual.

A partir de los 12 años (fase poscaligráfica), el escribiente entra en una etapa de la vida en que el deseo de singularidad y de manifestación de la misma se hace más y más patente. A él se unen las exigencias de velocidad que la vida académica conlleva.

Pero creemos que la rapidez y la personalización de la escritura sólo serán posibles si el escolar ha podido realizar previamente el modelo caligráfico correspondiente tal como hemos planteado para la etapa anterior.

Es decir, que el alumno que de los 12-13 años en adelante no sea capaz de escribir velozmente y ser legible, y por tanto aceptable, no será porque no se le haya enseñado el vehículo de expresión manuscrita sino que este proceso ha sido (posiblemente) mal estructurado y su intento de ejercitación vano.

Los Talleres de escritura habrán facilitado la creatividad y la expresión de los contenidos pero ¿qué ha sucedido con el movimiento? ¿qué hay de la letra que no es posible leer?. La caligrafía puede ser considerada una herramienta pero ciertamente necesaria.

No se trata, en nuestra propuesta, de una preocupación estética, ni de volver a la letra gótica u otros modelos del acervo cultural sino de permitir que nuestros alumnos adquieran unas formas funcionales válidas que hagan de ellos unos escribanos aceptables y que valoren el escribir bien.

Tampoco se trata de uniformar, puesto que se pueden ofrecer modelos varios, sino de formar, de introducir el modelo de trazado que permita una personalización, en su momento, veloz y legible. Que esa alteración de la norma que sucede en la etapa poscaligráfica sea fruto de la maduración personal, de intento de ser entendido como uno mismo y no fruto de ignorancia, inhabilidad o falta de destreza.

Es claro que no hablamos de esa caligrafía cuyo mismo exceso de reglas y de repetición fatigosa de la actividad provocó su decadencia y desaparición. Esa rigidez caligráfica la damos por desaparecida, pero consideramos vital el reavivar la ejercitación por imitación de un apropiado modelo legible.

No se trata tampoco de mantener la técnica de la muestra al uso de la vieja escuela, sino de que, para alcanzar la originalidad y la espontaneidad personal, pensamos que es necesario mantener una disciplina de trazado, y esto es caligrafía: pautas que ayuden a mantener la forma de la letra clara y legible. Y que cuando aparezca la peculiaridad respecto a la norma

el adolescente conserve una estructura reconocible a través de los rasgos de la proyección de su personalidad individual.

Que la caligrafía sea escribir y sobre todo comunicarse.

Dimensión estética

Aun temerosos de alargarnos no por ello dejaremos pasar por alto la dimensión artística y de belleza que presenta la escritura.

A lo largo de los siglos se ha entendido la caligrafía como el arte de la escritura en su doble acepción de belleza y utilidad.

El sentido artístico de lo manuscrito puede ser lo que permita, en la actualidad, que muchos de nuestros jóvenes busquen, guiados por una visión diseñadora, su mejor expresión gráfica, confundiendo al calígrafo con el dibujante (Torio de la Riva).

En el desarrollo del trazado y del trazo está gestándose no sólo un buen escribano sino también un buen diseñador. Hay que valorar lo que la caligrafía tiene de artístico e imaginativo, y esto no sólo por razones de apariencia sino también porque ese ritmo lento que acompaña al acto del trazado en el momento de escribir favorece la posibilidad de pensar y encontrar las palabras precisas e incluso crearlas en un acto que va más allá de lo mecánico y repetitivo.

Es el caso de tantos escritores que prefieren una actividad amanuense para su momento creador Cela, Aranguren, Hierro..., y tantos otros, incluso desconocidos, para quienes esa actividad creadora tiene como gran cómplice el acto escribano.

Y esa complicidad por el gusto de la escritura a mano es la que nos gustaría tener con todos los profesionales que preparan a los niños y jóvenes para la vida y la expresión de sí mismos a través de ella; para que la apariencia no se viva como problema de legibilidad y su comunicación escrita sea aceptable y aceptada, es decir, que se entienda.

Bibliografía

- AJURIAGUERRA, J y otros. (1984): La escritura del niño. Barcelona. Laia.
- CONDEMARIN, M. y CHADWICK, M. (1990) :La enseñanza de la escritura. Madrid. Visor.
- CALMY, G.(1977): La educación del gesto gráfico. Barcelona. Fontanella.
- CUENA, P. (1990): Aquellos viejos palotes. Diario El País. nº 386.
- FERRANDEZ, A y GAIRIN, J. (1985): Didáctica de la escritura. Barcelona. Humanitas.

- FREINET, C. (1984): Los métodos naturales. EL aprendizaje de la escritura. Barcelona. Martínez Roca.
- GELB, I. (1976): Historia de la escritura. Madrid. Alianza.
- GRAVES, D.H. (1991): Didáctica de la escritura. Madrid. Morata.
- LURÇAT, L. (1982): Pintar, dibujar, escribir, pensar. Madrid. Cincel.
- MAILLO y otros (1971): Didáctica de la lengua en la E.G.B. Madrid. Magisterio Español.
- PERRON, R y COUMES, F. (1964): Estudio genético de los trazos gráficos, en La escritura del niño.
- TORIO DE LA RIVA (1802): Arte de escribir.